



La risa de la hiena

Derrotar al fujimorismo no fue fácil. Se trata de una extraña fuerza política que aún conserva su arrastre en la población peruana, tanto en los sectores más pobres como en los más acaudalados. El enfrentamiento era contra toda una familia: la candidata a la presidencia, el hermano de la candidata, el padre y el tío. Pero detrás de esa familia se encuentra una derecha que se resiste a perder el poder, que considera que la opción autoritaria es la que le corresponde a nuestra sociedad, y que se articula entre los sectores empresariales, mediáticos, religiosos y culturales. Tampoco será fácil librarse de ellos. Su fuerza está intacta: desde que Ollanta Humala llegó al poder no han dejado de hurgar en su entorno con la finalidad de desprestigiarlo: Alexis Humala, Aída García Naranjo, Ricardo Soberón, Omar Chehade son los casos más visibles. Todos ellos han dado motivos, es cierto, pero no todos tienen el mismo significado y menos aún las mismas consecuencias. Sin embargo, es notorio que la oposición, que es mucha, casi toda, pretende que el gobierno de Humala no sea exitoso, que no triunfe, que se atasque en el fango. La esposa del presidente tampoco ha escapado al acoso: desde la frívola aproximación sobre cómo se viste o combina los colores se pasó a lo estrictamente político: si es que se mete o no en los asuntos de Estado o si es que domina a su esposo y se convierte en nuestra próxima Cristina Fernández, ya que Nadine Heredia supera a su marido en las encuestas.

Lo que debe quedar bien claro es que el fujimorismo no debe regresar. Y que esa derecha, que ahora disputa su presencia en los terrenos más ideológicos, por darle un nombre a la arremetida católica fundamentalista, se encuentra en lo estrictamente económico y político más cercana a la negociación con Ollanta Humala o, como afirman diversos analistas, tratando de captarlo, de ganárselo para su causa, de domesticarlo. Si como candidato le ponían la agenda sobre la futura mesa de gobierno, ahora intentan que sea el segundo Alan García, un hombre que represente los intereses de los grandes inversionistas y que no se mueva un ápice del modelo neoliberal.

EL COMANDANTE

Ollanta Humala es un político de nuevo cuño o de reciente data, aunque esté metido en política desde el levantamiento de Locumba y haya sido candidato a la presidencia en el año 2006. Su personalidad y su formación son básicamente militares. No tiene una gran educación humanista ni ha frecuentado de joven los ámbitos universitarios. Humala, como otros tantos políticos, está rodeado de asesores, y quizá aquí comparta un extraño destino con Alberto Fujimori: asesores enigmáticos, que gustan de la sombra o que tienen un pasado enrevesado. Fujimori no podía tomar decisiones sin la aprobación de Vladimiro Montesinos y Ollanta Humala tiene la misma dependencia de Luis Favre, si es que ese es su verdadero nombre. Favre ha dado, incluso, su visto bueno a los profesionales que ocupan cargos importantes en el Banco Central de Reserva y tiene mucha injerencia en las decisiones políticas del primer mandatario. El estilo del Presidente ya ha sido establecido: mantenerse lejos de los medios, hablar poco, rumiar las decisiones, pulsar las fuerzas antagónicas cuando se hallan en conflicto. Es bueno, más bien, que tenga una esposa como Nadine Heredia, que siempre está a su lado, que lo escucha y que se convierte, con relativa frecuencia, en su consejera.

Quizá, Ollanta Humala ha dicho dos verdades que lo pintan de cuerpo entero: que es un católico conservador y que es un militar. ¿Cómo una persona así pudo haber causado tanta desconfianza a la derecha peruana? A diferencia de Alberto Fujimori, Alejandro Toledo y Alan García, tiene una familia consolidada y convencional: una mujer, tres hijos, una casa, una vida deportiva y saludable, y está dedicado al trabajo. Además, es militar; es decir, tiene una mente rígida, práctica, que se basa en la victoria o la derrota. Además, para que nos entendamos políticamente, hay dos versiones del Presidente: el de la primera y el de la segunda vuelta. El Humala del año 2006, el del polo rojo, se parece mucho al candidato Toledo del año 2001 cuando se colocó la vincha roja del indio Jerónimo.

Ambos, sin embargo, se han despojado de esos símbolos más bien belicosos y los han reemplazado por el terno completo y el *jean*, permitido, por cierto, dentro del sistema político. Como afirman algunos analistas, Ollanta Humala derrota a Keiko Fujimori en la segunda vuelta con un mensaje más moderado y conciliador. Ese es el Humala que nos gobierna. Es el Humala atrapado por lo pragmático del modelo neoliberal, modelo del cual parece ser que es muy difícil alejarse.

En su artículo sobre el destino del proyecto de la mina Conga, en Cajamarca, Carlos Monge afirma que el extractivismo neoliberal equivale y garantiza para el gobierno la gran transformación y la inclusión social; que, en pocas palabras, financia el desarrollo. El gobierno de Ollanta Humala habría hecho la gran apuesta: que las inversiones mineras financien la inclusión social.

Por su parte, el filósofo Miguel Giusti afirma que en la práctica el liberalismo suele violar el principio que le otorga legitimidad, pues no crea las condiciones que él mismo presupone. Giusti sostiene que cuando se implanta sobre una base de discriminaciones ancestrales, perpetúa las injusticias e impide la redistribución. Y si se trata de una sociedad racista —como lo es la nuestra— y desintegrada, el sistema liberal tiene efectos contraproducentes y acentúa las desigualdades.

Estas afirmaciones revelan un clima hostil en la gestión de Ollanta Humala: se acerca al modelo que le impide realizar su gran transformación; y, a su vez, no se atreve, o no puede, o no considera conveniente alejarse del modelo por temor a caer al precipicio. Por el momento, no hay modelos alternativos claros al modelo neoliberal. Pero ser consecuente con ese modelo impide las promesas de cambio, de transformación y de inclusión.

Sin embargo, consideramos que es mejor llevar adelante la noción de progreso con el actual modelo y con la gestión de Humala que hacerlo con los representantes de la derecha autoritaria. Humala tiene disposición para escuchar, negociar, dialogar y hacerle caso a la voz de las regiones. ¿O no? Que lo haga con la versión del Humala de la segunda vuelta, no queda duda. Pero incluso así, es mejor a que lo

hiciera Keiko Fujimori, vinculada de manera directa a los grandes intereses de nuestro país.

LA CRÍTICA

Ollanta Humala llegó al poder despertando un gran temor entre los peruanos ya que no lo conocían o lo conocían por la versión de los grandes medios de comunicación, que siempre estuvieron en su contra. Humala era, sin embargo, recatado, tímido, silencioso. Y lo sigue siendo. Habla más con la mirada que con las palabras. Tantea. Dice lo mínimo. Y de ese modo (con o sin los consejos de Luis Favre) ha ido instalándose en el poder. Quienes lo apoyaron, muchos a regañadientes, dijeron que lo fiscalizarían desde el primer día, que no le darían descanso en sus pesquisas. Los verdaderos opositores, quienes desean su desgracia, se lo agradecieron. Y es verdad: el gobierno de Humala ha despertado la vocación de los fisgones de una manera exacerbada. ¿Miran más de lo debido? ¿Hacen públicos sus hallazgos cuando antes deberían investigar un poco más? ¿Le han salvado la vida a Omar Chehade al hacer pública una insinuación, un paso que todavía no había dado? ¿Lo que hizo Chehade fue un pecado o un delito?, para parafrasear a don Luis Bedoya Reyes refiriéndose a su hijo Luis Bedoya de Vivanco. Hasta el momento Humala no se inmuta. No pisa el palito. No le han bajado aún a uno de sus colaboradores. No se juega la vida por ellos, pero tampoco los deja caer tan fácilmente. Curiosamente, todas esas denuncias han terminado por fortalecerlo. No enfrenta, felizmente, la envergadura de los escándalos de los gobiernos que lo precedieron. Todavía no, y esperamos que no existan o sucedan. Fiscalizar, sí, pero no haciéndole el juego a los verdaderos enemigos políticos: enemigos en el sentido de que desean de todo corazón el mal al actual gobierno para poder regresar en el 2016.

Oro y esclavos

“El Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal; *oro y esclavos*.”

El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad; se enfurece en los tumultos, o se humilla en las cadenas.

Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima por los conceptos que he expuesto, y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires.

Es constante que el que aspira a obtener la libertad, a lo menos lo intenta.

Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia; los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias, y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia.”

Simón Bolívar, “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”, epístola conocida como “Carta de Jamaica”, 6 de septiembre de 1815. ■